

Cerezo

Fernanda Vidal Flores¹

De tu cuarto a los pasillos
salimos escondidos.
El rocío se asomaba
barnizando aquella almohada.

Encontramos una escalera
hecha de tierra y madera,
pulida de antigüedad y anhelo,
ahí creció mi cerezo.

Caían los rosados pétalos de ensueño,
mientras sostenías mi mano con recelo,
de tu boca salió un “te quiero”.

Mas quise mirarte a los ojos,
no había vida en tu mirada.
Estabas perdido, sentí despojo,
ya no me amabas, ya nada.

Las estaciones pasaron,
eras feliz sin mi alma, sin mi cariño,
¿Acaso alguna vez me amó?
Yo no te olvidaba, bello niño.

El dolor pereció con creses y amigos.
Cerezo... ¡no mueras por favor!
Solo él me da ese abrigo,
solo a él lo he querido.

¿Pero qué ha ocurrido?
Han caído todas las flores,
se ha rasgado la madera.
Hoy ya no es primavera.

No hay más colores
que decoren mi montaña

¹ Alumna de la Licenciatura en Biología Ambiental, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Lerma.

ni mil dulces olores
perfumando la mañana.

¿Quién es ese campesino
que hasta mi Japón ha venido?
Es un sembrador,
un atrevido.

Sin permiso plantó rosas,
girasoles y frambuesas.
No hay botón que no florezca.

No es envidioso aquel huertano,
a mi cerezo agonizante
le regó agua el noble humano,
lo quiere vivo y palpitante.

Le colocó abono, miel y suspiros,
¿su poder es sanativo?
No ha muerto mi cerezo,
ha muerto el bello niño.